

REMEI SIPI

E'Waiso Ipola: Voces del Sur desde el Norte

Estudios recientes ilustran el estado continuado de pobreza y desigualdad que tienen que soportar los países del Sur; en estos contextos, los más desfavorecidos y los más perjudicados son las mujeres y los niños.

Es sabido que ellas, en su globalidad, reciben la mitad de años de escolaridad. En el caso de las subsaharianas, el 35% son analfabetas; y esta cifra es para zonas urbanas: en las zonas rurales se eleva sin rubor al 70%.

Ante este panorama, optar por emigrar acostumbra a ser fácil. Las africanas subsaharianas representamos el 10% de las mujeres inmigrantes de los países del Sur que se encuentran en España, no formando un grupo homogéneo pues provenimos de diferentes países con sus respectivos grupos étnicos, lenguas, religiones, etc., siendo diferentes las causas que impulsaron el proyecto migratorio, causas distintas también según la época en que se produjo el desplazamiento.

Se calcula que, en la actualidad, hay 16.000 subsaharianas en el Estado español; de ellas, el 14% son analfabetas, el 63% tienen estudios elementales, el 11% estudios secundarios, 5,6% son técnicas medias y el 5,6% son universitarias.

Sería, pues, pretencioso reflexionar sobre todas las mujeres del Sur.

Me limito a las mujeres del Africa subsahariana que, aun no formando un colectivo homogéneo ni en su sociedad de origen ni en la de destino, he tenido la oportunidad de tratar. A pesar, pues, de que la heterogeneidad que caracteriza el continente africano se hace extensiva a sus mujeres, hay elementos comunes, y son estos los que aquí acentuaré. Mi intención es llegar a las del Norte desde mi posición de excluida que vive entre ellas, con este artículo a modo de reflexión.

En la sociedad de origen, la africana subsahariana es omnipresente en todos los terrenos: vive los problemas y paralelamente les busca soluciones, no existiendo una etapa de toma de conciencia y otra de búsqueda de soluciones.

Siendo ellas el motor de desarrollo en esta área geográfica, se requiere que se den ciertas mejoras en su modo de vida, tales como fomentar su papel en la sociedad y en los procesos de toma de decisiones, que se las incluya de forma equitativa, que su participación en las funciones de planificación, gestión, asistencia técnica al desarrollo e investigación sea real; es decir, que se promuevan cambios sociales y políticos que les permitan una libertad de decisión en lo que concierne al modo de llevar su vida y que tengan la posibilidad de adquirir los medios que les permitan alcanzar su bienestar en la sociedad.

En la sociedad de llegada, las inmigrantes observamos muy a nuestro pesar que seguimos estando en el grupo de los excluidos; se nos «representa» como invisibles: en muchas ocasiones, nuestra estancia aquí es de meras compañeras de viaje; por ello, no estamos en posesión de documento individual como persona sino como esposa e hija.

Desde esta posición y observando las perspectivas de futuro, decidimos desafiar tanto obstáculo por nuestros propios medios, cosa que no está resultando nada fácil, por la idiosincrasia misma de las subsaharianas. Hay un alto grado de inseguridad en este grupo,

originada por un cierto complejo de inferioridad; no debemos olvidar que el grueso de este colectivo proviene de un medio rural, con un nivel de formación bajo en la sociedad de origen, lo que dificulta que puedan hacer oír su voz para ser ellas mismas y formular sus reivindicaciones, saber qué son los grupos de solidaridad, los centros de alfabetización, etc. Se cohiben por una razón simple: muchas de las personas que deben alfabetizarlas en esos centros o en los grupos de solidaridad, las personas con las que deben debatir los problemas de tú a tú, son las mismas que las tienen empleadas en su hogar o que les facilitó el empleo a través de amistades.

Un ejemplo palpable: no hace mucho, en una mesa redonda en la que participé con otras compañeras del Sur, dijo una mujer: «a nosotras, las de la sociedad receptora, nos gustaría que nos dijérais cómo podemos colaborar con las del Sur y cómo podemos ayudar; porque, verás, yo tengo a Tihita en casa y es muy buena trabajadora; pero he intentado acercarme a su asociación, mi hermana la tiene en el centro de alfabetización, y es tan parada, le cuesta tanto abrirse y expresarse...» Resultó que la mujer en cuestión es una de las más activas, una de las piezas clave cuando se trata de mover a nuestras mujeres.

Creo que debemos de darle tiempo al tiempo, entrar en el mundo de la «otra» sin paternalismo, sin complejo, sin tolerancia, sino desde una sintonía de respeto para encontrar soluciones justas y equitativas para todas. Porque, actualmente, el grueso de las mujeres del Sur nos encontramos en el grupo de las excluidas; pero este grupo se está ensanchando como una mancha de aceite y está alcanzando a muchos del Norte aunque, desgraciadamente, parece hacer una selección y salpica más a las mujeres.

Para resolver este problema, las subsaharianas que vivimos en el Norte nos hemos basado en los resortes relacionales de nuestra sociedad tradicional y estamos formando redes de solidaridad con todas las mujeres del Sur donde no tienen cabida nuestras homólogas del Norte.

El asociacionismo femenino

Las mujeres subsaharianas muestran poco entusiasmo por el tema del asociacionismo; las líderes tienen un trabajo duro y se están encontrando con infinidad de problemas para aglutinar a las mujeres. Por una parte, hay mujeres que por considerar que tienen una situación «envidiable», nivel cultural aceptable, nivel técnico medio y alto (diplomadas y licenciadas), un puesto de trabajo que muchas veces se corresponde con su formación, están naturalizadas españolas, etc., consideran que el asociacionismo es una pérdida de tiempo y piensan que no tienen nada que ver con ciertos colectivos. Otras, por tener un nivel cultural bajo, no tienen conciencia de su situación ni conocen sus derechos para defenderlos; su permiso de residencia depende de los movimientos de sus maridos, y estos no son precisamente promotores del asociacionismo femenino, porque este tipo de movimiento hace peligrar sus privilegios. Como chantaje, los maridos usan frecuentemente los malos tratos o la amenaza del retorno al país de origen.

Pese a todas estas dificultades, se han creado asociaciones de mujeres subsaharianas. Un grupo de mujeres guineanas tuvimos la iniciativa de fundar en 1992 la «Asociación de Mujeres E'Waiso Ipola». Su objetivo tiene una doble vertiente: cultural, por un lado, centrada en la formación y promoción de sus miembros, y social por la otra, prestando servicios asistenciales a los colectivos que los necesiten.

Durante su primer año de existencia, nos dedicamos a contactar con mujeres de la sociedad catalana con experiencia en el asociacionismo. En «Centre d'Informació i Recursos de la Dona» (CIRD) nos fue de gran ayuda. Contactamos también con mujeres de «Ca la dona» y de este contacto surgió la idea de tener ahí, en Caspe 38, nuestra sede social. Desde este espacio, en el que nos reunimos semanalmente, nos hemos enriquecido mutuamente muchísimo, en un intercambio tanto cultural como gastronómico, desde los famosos vermuts de Ca la dona. Aunque no todos los momentos de relación han sido llanos:

yo he tenido algunas observaciones con las mujeres de esa sede, por ejemplo cuando se nombraron sus espacios con nombres de mujeres: para mi sorpresa, no se incluyó en la propuesta a ninguna mujer negra, lo que me llevó a ponerles a mis compañeras una misiva irónica.

También tenemos una tertulia que llamamos «Merienda». Una vez al mes, una miembro de la asociación prepara un tema e invita a personas afines a un debate. Hemos tenido algunos que han arrasado en cuanto a público e interés; otros, en cambio, como el que yo me adjudiqué para el mes de marzo, dedicado a la mujer, ha sido de los más flojos porque las mujeres no acuden y a los hombres no les interesa.

En la actualidad, estamos publicando una revista sin muchas pretensiones pero que para nosotras es muy importante, ya que se trata de la primera revista de mujeres inmigrantes del Africa subsahariana editada y dirigida por mujeres africanas. Mis compañeras de E'Waiso Ipola me han concedido el honor de dirigirla y, con ello, de ser la primera mujer africana en España que dirige una revista dedicada íntegramente a las mujeres. Su nombre, E'Waiso, significa «mujer» en el idioma bubi (minoría étnica en Guinea Ecuatorial). Las mujeres guineanas del interior de nuestro país (Guinea Ecuatorial) la han recibido con mucho entusiasmo, pues es la primera revista que les llega sobre la situación de las guineanas en España. «E'Waiso» tiene periodicidad cuatrimestral. No recibe subvención alguna porque las solicitudes que hemos cursado han sido denegadas.

Tenemos, también, un espacio de radio en la emisora local «Contra Banda» (FM 91.0) donde todos los lunes de siete y media a ocho y media emitimos un programa llamado «La hora de Africa». El acento se pone en la situación de las mujeres en el continente africano y la de las que han emigrado a España. Llevamos tres años realizando el programa y sabemos que tiene mucha aceptación entre el colectivo africano y africanista. En él compartimos los micrófonos Irene Yambá (una de las fundadoras de E'Waiso Ipola) y yo; en los mandos

tenemos a una de las jóvenes de la asociación (Herminia Mola), que se cuida también de la selección de la música.

Las mujeres de E'Waiso Ipola, a la vez que contactábamos con mujeres catalanas, lo hacíamos con mujeres africanas del resto de Europa. Nos hemos afiliado a la Red de Mujeres Negras de la Unión Europea. Tiene su sede en Londres y celebra encuentros anuales en los que participamos. En 1995, hicimos las primeras jornadas de reflexión, que consistieron en el relato de experiencias de emigrantes a diversos países, experiencias que son bastante parecidas en los distintos países de Europa, con excepción del apoyo institucional, que es menor en España.

Las mujeres de E'Waiso Ipola estamos explicando nuestro proyecto a las africanas de otras provincias, concretamente de Alicante, Valencia y Zaragoza. En el País Vasco tenemos estrecha colaboración con una asociación de mujeres afro-vasca que hay en Bilbao; a través de ella hemos contactado con el colectivo IPES de Pamplona.

En 1994 pasamos un fin de semana de reflexión en Vallvidrera. Uno de los resultados es la elaboración de una guía de recursos para mujeres inmigrantes, que está a punto de ser publicada. Las iniciativas colectivas de E'Waiso Ipola han dado lugar a iniciativas individuales que repercuten positivamente en el grupo. A modo de ejemplo, está el caso de una mujer separada con tres niñas de edades comprendidas entre los seis y los diez años. Trabaja de auxiliar de clínica todo el día, no recibe pensión alguna de su ex, decidió retratar todos los eventos de la asociación y hoy es nuestra reportera, con una colección de vídeos de todas las actividades; ha hecho un curso de montaje y estamos intentando que obtenga una beca para titularse.

Dirigiendo la revista «E'Waiso» me he dado cuenta de la cantidad de escritos del colectivo africano que no salen a la luz y, también, de que hay pocas obras africanas en las librerías. Por eso me he metido en el difícil mundo de la edición: entre 1995 y 1997 hemos editado

dos libros; mi intención es editar dos libros al año.

De la experiencia en E'Waiso Ipola concluyo que las asociaciones y espacios de mujeres tienen una importancia vital para nosotras las mujeres, seamos del Sur o del Norte. En Catalunya, desde nuestra asociación nos hemos federado con los colectivos de inmigrantes (FECIC) en una asociación conjunta compuesta de momento por 26 colectivos, no solo del Africa subsahariana sino también de Latinoamérica, Filipinas, el Magreb y un pequeño número de inmigrantes procedentes de la Unión europea. No obstante, la precariedad económica en que se mueven las asociaciones es grande y el tiempo disponible, poco. Ninguna asociación tiene hoy una sola persona liberada: todas y todos somos voluntarias y altruistas.